

En medio de una cultura que induce a contentarse con proyectos modestos y efímeros, el Papa Juan Pablo II dirigió un llamado a procurar una cultura vocacional que permita al hombre moderno volverse a encontrar a sí mismo sin adormecer ni reprimir sus ilimitados deseos de crecer en la verdad, en la autenticidad, en la creatividad y en la bondad; una cultura vocacional que sepa reconocer y acoger aquella aspiración profunda del hombre que lo lleva a descubrir que sólo Cristo puede decirle toda la verdad sobre su vida (cfr. Mensaje para la XXX Jornada mundial de oración por las vocaciones, 1993).

Al ritmo de vida de las nuevas generaciones, 18 años son demasiados; incluso para la formulación de trabajos de investigación sobre problemas actuales en diversas disciplinas, un documento de 1993 rebasa el límite de las referencias razonables. Sin embargo, en nuestra comunidad creyente somos conscientes de que la recepción de un documento con la consiguiente puesta en acción de sus planteamientos supone un proceso de asimilación progresiva que implica una apropiación kerigmática, teológica y práctica que ha tener en cuenta los tiempos, los lugares, los actores y la propuesta misma que se plantea.

Desde nuestra realidad continental, y a la luz de Aparecida, confirmamos que durante más de cinco siglos la fe en Dios -revelado por Jesucristo- ha animado la vida y la cultura de nuestros pueblos, de tal manera que hoy somos testigos de innumerables expresiones de lo que se ha denominado cultura "cristiana" latinoamericana. No obstante, si asumimos que "la cultura, en su expresión más extensa, representa el modo particular con el cual los hombres y los pueblos cultivan su relación con la naturaleza y con sus hermanos, con ellos mismos y con Dios, a fin de lograr una existencia plenamente humana..." (DA 476), no podemos sino reconocer que la inculturación del Evangelio, trasfondo ineludible de una cultura vocacional auténtica, es un proceso vigente en el que se pueden reconocer fortalezas y debilidades.

Sin perder la alegría de experimentar el don de la fe que se manifiesta de muy diversas y arraigadas maneras en la vida de nuestros pueblos, hemos de mantener atenta la mirada ante el hecho de que "los pueblos de América Latina y del Caribe viven hoy una realidad marcada por



grandes cambios que afectan profundamente sus vidas..." (DA 33) a tal grado que "muchos estudiosos de nuestra época han sostenido que esta realidad ha traído aparejada una crisis de sentido..." (DA 37).

Puesto que muchos hermanos buscan denodadamente una experiencia de sentido que llene las exigencias de su vocación, allí donde nunca podrán encontrarla (cfr. DA 39), los cristianos necesitamos recomenzar desde Cristo, desde la contemplación de quien nos ha revelado en su misterio la plenitud del cumplimiento de la vocación humana y de su sentido (cfr. DA 41). Jesucristo, a la vez que nos revela y comunica el amor misericordioso del Padre, nos manifiesta y posibilita -por medio de su Espíritu- nuestra vocación, nuestra dignidad y nuestro destino, por ello se presenta como Camino, Verdad y Vida (cfr. GS 22; DA 6; 107).

Conscientes de que la cultura vocacional es una realidad compleja que no se reduce a una manera de pensar, pero que tampoco puede prescindir de esta actividad humana, presentamos en este número dos conferencias que el P. Amedeo Cencini pronunciara durante el II Congreso Continental de vocaciones que tuvo lugar en Cartago, Costa Rica, del 30 de enero al 5 de febrero del presente año. Por medio de estos dos primeros artículos nos adentramos en la mentalidad, la espiritualidad y la praxis pastoral que han de penetrar la cultura de nuestros pueblos para que podamos afirmar una cultura vocacional auténtica con sólido fundamento teológico.

Tenemos claro que "cuando el impulso del Espíritu impregna y motiva todas las áreas de la existencia, entonces también penetra y configura la vocación específica de cada uno... Nos vuelve comprometidos con los reclamos de la realidad y capaces de encontrarle un profundo significado a todo lo que nos toca hacer por la Iglesia y por el mundo" (DA 285). Desde este convencimiento ofrecemos los tres siguientes artículos, referidos a la vida presbiteral, a la vida religiosa y a la vida laical, respectivamente. Con estos aportes nos sumamos a los esfuerzos de responder al reto fundamental que afrontamos: "mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo..." (DA. 14).

Finalmente, puesto que la comprensión de nuestro tiempo nos exige la revisión histórica, el último artículo nos da la posibilidad de hacer un recorrido histórico de la Pastoral Vocacional en nuestro Continente; de Itaicí (1994) a Costa Rica (2011), esto es, del Primer al Segundo Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones. Nuestras luces y sombras, nuestros problemas y desafíos tienen lejanas vertientes; si no se sabe de



ellas, de sus razones, nos exponemos a una mala inteligencia de nosotros mismos, a una pérdida de la riqueza de la tradición y a una confusa orientación de nuestro futuro.

En la práctica, asumir el desafío de procurar una cultura vocacional exige una conversión pastoral de toda la Iglesia de manera que ésta logre una presencia significativa en medio del mundo; a la luz de Aparecida asumimos el reto en nuestro contexto latinoamericano y aportamos algunos elementos desde la reflexión teológica pastoral para continuar en el compromiso de generar dicha cultura.

P. Andrés Torres Ramírez
Director

Agradecemos al Departamento de Vocaciones y Ministerios, en la persona del P. Alexis Rodríguez, su mediación para la realización del presente número de nuestra revista.